

ANDENES EN LA CUENCA DEL TORRENTE DE LAS TRANCAS (PROVINCIA DE CATAMARCA)

por

ROMUALDO ARDISSONE

LOS documentos materiales de la vida indígena que se conservan en el Noroeste argentino felizmente son muy claros y de tal índole que permiten reconstruir con facilidad más de un capítulo de geografía humana. A esta categoría pertenecen los bancales o andenes como suelen denominarse en la extensa zona andina, donde los ejemplos son múltiples e interesan a varios países. El cuerpo de esta comunicación corresponde a un caso que tuve oportunidad de observar en la provincia de Catamarca, y particularmente en el gran cordón montañoso del Ambato.

PRECEDENTES BIBLIOGRAFICOS

La existencia de andenes en esta región no es inédita, por cuanto ya se publicaron varias noticias más o menos precisas. En primer lugar recurriré al historiador Larrouy, cuya cita debe ser infaltable en toda publicación que se refiera al pasado de la provincia de Catamarca y especialmente al Valle, por sus escritos, como asimismo por los valiosos documentos que nos ha hecho conocer.

Manifiesta que “en las quebradas, sobre todo en la del Tala, abundan hasta el cansancio los *andenes*, o pircas muy bajas, distantes entre sí de tres, cuatro o más metros, y que se sobreponen, a modo de escaleras, hasta varias cuadras en las faldas de los cerros. Los mismos escalones sucesivos, pero más altos, se notan en el cauce de los

torrentes que originan las lluvias y que casi siempre están secos”. En cuanto a la utilización expresa: “me es imposible adivinar el fin de varias de estas construcciones. Muchas al parecer estaban destinadas a cortar la violencia de las corrientes temporarias, detener la tierra y proteger así los cultivos que existirían en las mismas pendientes, o a su pie. En otras se observan pruebas inequívocas de haber sido habitadas”. Se pregunta luego a qué época y a qué pueblos corresponden; por ejemplo si es posible atribuir las a la “obra de tribus anteriores a los diaguitas, y que para morar habitualmente allí habían sido principalmente cazadores”. (1).

Diez años más tarde un escritor menos conciso, Carlos B. Quiroga, se ocupa del asunto. No obstante lo publicado por Larrouy, al proponerse dilucidar la finalidad “de los pequeños e innumerables atajadizos de piedra en las quebradas menores”, dice que “nadie los ha observado en detalle ni los menciona como minuciosa obra sistemática. Sólo los que hemos recibido en nuestra psiquis la herencia espiritual de los indios, podemos comprender las minucias de su vida y de su industria”. Es cierto que Larrouy no realiza al respecto un estudio completo, pero nos suministra unas noticias que no son muy superadas por las de Quiroga. Además, cabe hacer la acotación de que no se requiere invocar la *herencia espiritual de los indios* que hayamos recibido en nuestra psiquis, a los fines de observar e interpretar semejantes manifestaciones materiales de la actividad de los pueblos.

Según Quiroga, a considerable altura, el cerro albergaba una abundante población indígena. Funda esta afirmación en los numerosísimos trabajos que se conservan aquí intactos, allí deteriorados. “No hay rugosidad del monte por pequeña que sea, que no esté cruzada de antiguas construcciones. Generalmente éstas consisten en *pircas* atravesadas en las quebraditas de rápido declive, donde la tierra vegetal arrastrada por las aguas pluviales, deteníase, contenida por el atajadizo de piedra. Obteníase así, múltiples y diminutos espacios llanos, de fecunda tierra humedecida por las aguas detenidas un tanto, donde crecían y aun crecen abundantísimos pastizales que, merced a dichos

(1) A. LARROUY, *Los indios del valle de Catamarca. Estudio histórico*, en *Facultad de Filosofía y Letras. Publicaciones de la Sección Antropológica*, n.º 14, 7; Buenos Aires, 1914.

trabajos, resisten los años de prolongadas sequías. En la inmensa mayoría de los casos no es más que media, quinta o décima hectárea lo beneficiado; pero tales construcciones son innumerables en el espacio de algunas cuadras, y en mayores extensiones pueden contarse por millares". Tales obras tenían la función de frenar las aguas salvajes que en la gran pendiente del cerro producían destrozos excavando y llevando la tierra al fondo de las quebradas. A la vez deteniendo a la tierra se la humedecía disminuyendo el ímpetu de las aguas y de este modo se obtenía abundante pasto. Al preguntarse cuál era la finalidad de estas construcciones rurales, el autor expresa que "los indios dueños del cerro además de agricultores eran ganaderos, y de ahí que necesitasen de esas obritas para tener en todas partes reservas de buenos pastos"¹.

En mis viajes por el valle de Catamarca, no tuve ocasión de observar los banales de la quebrada del Tala mencionados por Larrouy, pero fui favorecido por el hallazgo de un caso que se halla en otras anfractuosidades orientales del Ambato. Como Quiroga sólo nos habla del cerro, no puntualiza lugar alguno y no presenta ningún topónimo orientador, ignoro por completo si los andenes que yo visité se encuentran comprendidos en sus noticias genéricas.

El 23 de enero de 1938, durante un viaje realizado a la zona de Las Juntas, en las vecindades de la confluencia del curso de Las Trancas con el de Las Juntas, algo me llamó la atención y me puso sobre el rastro de la existencia de andenes, aunque en ese momento no tuviese presente la noticia de Quiroga. Descendía al lecho pedregoso del torrente de Las Trancas por la ladera abrupta, impresionante, de la margen derecha. A cada paso las dificultades se multiplicaban y por consiguiente me veía obligado a observar con detención todos los detalles de la topografía a fin de colocar firmemente el pie. Estas circunstancias determinaron que descubriera una disposición que llamaré sintomática de una serie de piedras. El hecho no podía atribuirse simplemente a la obra de la naturaleza pues se descubriría la existencia de unos escalones, de unas piedras formando pircas. Pero la amplitud del

(¹) CARLOS B. QUIROGA, *Cerro Nativo. El hombre y la naturaleza (Espíritu de la región)*, 201-203; Buenos Aires, MCMXXIV.

hecho era pequeña, la conservación — tratándose de una construcción humana — resultaba muy deficiente, las piedras removidas, y cierto revestimiento de pasto, todo conspiraba para que el asunto no pudiera definirse, para que el nombre no acudiera prestamente a los labios. A pesar del carácter borroso y que hubiera podido hacerme caer en error, la cosa tuvo el mérito de tenerme alerta y de hacerme buscar otros indicios confirmatorios que me pareció descubrir abajo, en menor pendiente de la margen izquierda, aunque la duda fuese domiándose continuamente.

Sin embargo, emprendido el regreso, cuando trabajosamente había trepado por la ladera abrupta y alcanzado la cabecera del camino carretero, al dirigir la mirada hacia la cuenca de recepción del curso de Las Trancas, las dudas se dispararon en el acto. Efectivamente, una serie de hondonadas, aun a distancia, acusaba la existencia inconfundible de andenes. Por desgracia tuve que conformarse con esa visión fugaz que sólo me dió la localización y el carácter general, pues era menester que se emprendiese el regreso a la ciudad de Catamarca. Al escribir sobre la instalación humana regional, en el capítulo que expone la actividad agrícola indígena, después de citar a Larrouy y Quiroga, consideré oportuno incluir noticia de ese hallazgo¹.

NUEVA OBSERVACION

Lo observado no podía satisfacerme. Cuando me retiré del lugar tuve un poco la sensación de Tántalo. El desagrado fué mitigándose por virtud de la vaga esperanza de volver allí para conocer mejor esos restos de práctica agrícola que tanto me cautivaban. Mi deseo vehementemente se vió satisfecho después de transeurridos más de tres años, el 3 de mayo de 1941. Sin embargo, las circunstancias no fueron del todo felices, por cuanto, a la suma de temas que en el nuevo viaje a Catamarca despertaban mi atención, se agregó el agravante de las derivaciones antropogeográficas de la extraordinaria peregrinación movida por el cincuentenario de la coronación de la Virgen del Valle.

(1) ROMUALDO ARDISSONE. *La instalación humana en el valle de Catamarca. Estudio antropogeográfico*, 54-55: La Plata, 1941.

Además, este viaje tuvo poca duración y algunos días se restaron a las posibilidades de realizar estudios, debido al mal estado atmosférico. A pesar de todo, pude llevar a la práctica mi propósito y trasladarme al lugar de los andenes. Es cierto que las nuevas observaciones no dispusieron de tiempo como para conducir a término un estudio extenso e intenso, en un todo de acuerdo a mi deseo; sin embargo vi lo suficiente para confirmar y puntualizar de una manera apreciable lo que en 1938 fué de presentación hartó fugaz. Gracias a ello ofrezco la noticia de la existencia de bancales en la comunicación de hoy.

ESBOZO DEL VALLE DE CATAMARCA

Dejando al margen todo lo que sea incumbencia de la capacidad y del género de vida de un pueblo, resulta que los andenes constituyen un hecho de geografía humana y como tal me propongo presentarlo, de modo que considero oportuno echar mano de unas nociones fisiogeográficas encaminadas a esbozar el ambiente natural.

Los cordones montañosos del Ambato y del Alto — simplifico el complejo toponímico con esta sola denominación — delimitan la interpuesta amplia hondonada del valle de Catamarca o simplemente Valle, entendido en su acepción más lata. Por un buen trecho, ambos cordones se hallan próximos y paralelos, pero luego se apartan, especialmente el occidental o Ambato que tuerce hacia el S. O. Debido a esto el Valle en su parte septentrional es angosto; en más de un sitio se presenta con caracteres de quebrada y la unidad se divide en varias hondonadas secundarias confluentes, por obra de cordones montañosos interpuestos de disposición longitudinal. A medida que se procede hacia el Sur, el Valle desciende y se amplía. Lo que es agreste y encajonado, con una transición más o menos rápida, se dulcifica y se amplía. Los rodados disminuyen de tamaño, aparecen la arena y la tierra cuya proporción aumenta progresivamente hasta hacerse predominante, hasta convertirse en el material exclusivo que forma la extensa llanura casi horizontal del fondo. Allí el río del Valle vive trabajosamente, agoniza por la sangría del riego artificial y muere mucho antes de alcanzar las Salinas Grandes; sólo de cuando en cuando el sojuzgado, con la furia

devastadora de las crecientes, amenaza y domina a la dominadora chatarra del suelo.

Topografía, constitución del terreno y clima seco impiden que se forme un gran colector fluvial. En la zona meridional, los torrentes se pierden en la franja de los conos de deyección y no pueden alcanzar la vaguada del Valle. Por tales causas, resulta que este importante accidente geográfico es parte del amplísimo bolsón de las Salinas Grandes, con fuertes limitaciones en cuanto a la intensidad y distribución de los habitantes y de su actividad.

La población es pedemontana; se concentra a la salida de las quebradas, sobre el terreno suelto de los conos de deyección; se extiende particularmente en la sección septentrional del fondo amplio, en correspondencia con el río del Valle y el Tala. Semejante repartición se vincula de manera estrecha con el aprovechamiento del agua para el riego, de lo cual nace la actividad agropecuaria que constituye la primordial fuente de recursos en la región.

Hecha la debida salvedad en cuanto al número de habitantes, a la extensión, forma y localización precisa de los cultivos, las cosas debieron ser más o menos análogas a las actuales, allá en el quinto decenio del siglo XVI cuando Diego de Rojas se topó con los indios del Valle en Capayán. La crónica de la célebre entrada nos da noticia de la existencia de cultivos, pero es muda en cuanto a los andenes de los cuales no quedaron rastros. El hecho puede achacarse a la necesaria remoción de material que significó la continuidad o la superposición de actividad agrícola hasta nuestros días, es decir, en el transcurso de unos cuatro siglos. Lo más probable es que los andenes no existieran en esa zona baja, por la sencilla razón de que la topografía llana o muy poco inclinada no requiere escalones, y en ciertos lugares la ausencia de piedras en el terreno conspiraba contra semejantes construcciones. Como ya dije, en otras partes del Valle los indios tenían bancales. Las crónicas no dicen palabra al respecto, pero los restos hablan de por sí y la geografía justifica plenamente el hecho.

Los lugares favorecidos por varios factores naturales y que gracias al riego artificial albergan el mayor número de habitantes dedicados a la actividad agrícola, se hallan en la mencionada zona baja, cuyo ni-

vel sobre el mar mide alrededor de quinientos metros. Con el propósito de presentar el hecho apenas esbozado, pero suficientemente ilustrativo, en el croquis se trazan las partes situadas a menos de quinientos metros y las que miden hasta mil, en el Valle y en el bolsón que llamo de Pipanaco, al O. del Ambato. Tales zonas corresponden a los llanos de aluvión ligeramente inclinados y a una porción inferior de la ladera de los cerros. Para la representación cartográfica altimétrica se aprovechan los datos del mapa publicado por la Dirección de Minas¹, mientras que para la confección general del croquis se utilizan dos hojas del Instituto Geográfico Militar².

El valle de Catamarca tiene perfil transversal asimétrico. Los dos cordones montañosos que definen la hondonada son desiguales en altura, como se documenta a simple vista. El Alto —a pesar de su nombre— palidece frente al Ambato que llega a medir hasta más de 4.000 metros. Además, la observación de estas montañas pampeanas hace conocer otra diferencia inherente al aspecto general de tal categoría de hechos orográficos. En efecto, la ladera oriental del Valle, que corresponde a la pendiente occidental del Alto, es sumamente abrupta, mientras que el Ambato contrapone a este frente de falla una ladera más suave.

VIAJE A LA CUENCA DE LAS TRANCAS

Se ha de tener cuidado en exagerar la nota, pues estamos muy lejos de encontrar una pendiente dulce, uniforme y de ascensión fácil. La realidad está allí patente para desmentir semejante suposición. Las amplias, las vigorosas espaldas del Ambato tienen su esqueleto, sus músculos y su vestimenta que se manifiestan por una serie de irregularidades consistentes en quebradas impresionantes, cauces profundos, torrenteras, cordones empinados, espolones que transversalmente avanzan hacia el fonde del Valle con pretensiones de diques y determinan hondonadas

(¹) República Argentina, Ministerio de Agricultura, Dirección de Minas, Geología e Hidrología, Mapa Hipsométrico de la República Argentina y regiones limítrofes. Escala 1:2.000.000, [Buenos Aires]. 1930.

(²) INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR, Carta de la República Argentina. Escala 1:500.000. Hoja n° 24, Tucumán, Santiago del Estero (Cap.) y Andalgalá. Edición año 1930.—Hoja n° 31, Catamarca, La Rioja y Salinas Grandes. Compilado año 1931, edición año 1933. [Buenos Aires].

interpuestas. Es la pintoresca y múltiple variedad de formas dentro de la unidad substancial de la ladera oriental de la masa majestuosa del Ambato. Si la pendiente general es acentuada, intensas y múltiples acciones erosivas y orogénicas vienen creando a cada paso una topografía muy accidentada que impone tiránicas condiciones a las comunicaciones y a una probable actividad agrícola.

En demanda de los andenes, hemos de ascender trabajosamente compensando con creces la tardanza en llegar con la observación instructiva de tan numerosos hechos geográficos, que se nos presentan a cada instante. Dejando a nuestra espalda la ciudad de Catamarca, por un buen trecho, el camino brega con los altos y bajos y con los rodados de la franja pedemontana de los conos de deyección, atravesando una abundosa manifestación de plantas xerófilas. Luego, casi repentinamente, el camino trepa la ladera abrupta, caracolea y aturde al viajero por el número infinito de curvas para alcanzar la cuesta del Rodeo. Desde la altura se domina al Valle con una visión panorámica que en el ánimo pesa mucho más que las molestias que haya podido producir la subida. Por otro lado, también nos libramos de la tiranía de lo particular, de lo cercano, que ya nos perseguía, pues la vista se va extasiando por un horizonte más amplio, más elevado, más puro. Dejando de admirar el Valle extenso y profundo con sus llamativos fenómenos físicos y humanos, el ánimo tiene sobrados motivos de goce ante la parte superior de la montaña excelsa que se destaca nítida, salvaje y atrayente por encima del impagable mirador que hemos alcanzado.

Desde allí nos toca descender nuevamente, el camino vuelve a serpentear, aunque ya no tanto como en la primera parte del viaje. Mirando más o menos hacia el Norte, a nuestros pies se extiende un hermoso valle elevado, a cuya izquierda se yergue una de las secciones más altas y admirables del Ambato. El lugar es francamente hermoso, gracias a su topografía y por su altura que excede en casi mil metros a la ciudad de Catamarca; el ambiente es fresco y a la vez más húmedo. Debido a estos factores, en el fondo del valle se ha formado una población veraniega semiaglomerada que realiza continuos progresos, aunque limitados por las posibilidades regionales, por el número de habitantes y recursos económicos de su zona de influencia. Este pueblo del

Rodeo, de vida especialmente temporaria, periódica, se halla a 1250 m. sobre el mar.

Nuestro viaje no ha terminado. Un buen trecho nos queda por hacer. En efecto, el camino sube de nuevo y más de un viboreo nos espera. En el trayecto uno que otro hecho antropogeográfico matiza el ambiente que es toda una sucesión de fenómenos naturales, ora suaves ora salvajes, pero siempre llamativos hasta el punto de que jamás la vista se harta de posarse sobre ellos. Esta subida nos permite acceder a otro valle también alto, situado al Norte del de Rodeo y análogo en más de un aspecto. Así, por ejemplo, no le faltan elementos de belleza geomorfológica e interesantes manifestaciones antropogeográficas (cultivos, ganadería, viviendas), concentradas particularmente en las hondonadas, por la proximidad del agua de los arroyos.

Este es el valle de Las Juntas cuyo fondo se halla a más de 1500 m. sobre el mar. Las laderas —especialmente las occidentales— son relativamente suaves; en ellas aparece un predominio de formas redondeadas. Pero estamos en un período de erosión; las aguas descienden excavando más y más su cauce; se bosquejan las cuencas de recepción digitadas por el despliegue de los vallecitos y torrenteras; el transporte es intenso y el cauce pedregoso va seccionando profundamente aquí y allá los importantes depósitos de acarreo de otros tiempos, con lo cual se forman terrazas fluviales.

A medida que avanzamos hacia el Norte, siguiendo la dirección de las aguas del colector, el valle se angosta, las laderas se acercan y se presentan más empinadas, particularmente las de la derecha constituidas por material antiguo y cuya pendiente se vuelve impresionante. Una serie de cuencas de torrentes esbozadas y separadas por espolones breves y toscos da a esa montaña el aspecto de una mole que los cíclopes hubieran comenzado a esculpir. Entramos a la parte fragosa. El valle se despoja de su carácter. La naturaleza ha formado aquí una topografía fragosísima, de manera que al valle sigue una quebrada. El fondo se ha estrechado en tal medida que las aguas corren por un desfiladero, por una garganta que no deja paso ninguno al camino y da término a los cultivos. Efectivamente, la carretera ya no puede seguir inmediata a la vaguada y se ve obligada a describir sus curvas a mayor

altura, obediente a las inflexiones del flanco montañoso, hasta que bruscamente se detiene pues llega al borde de una especie de pozo, al tajo profundo e impresionante cuyo fondo lo ocupa el lecho pedregoso del curso de Las Trancas o de La Soledad, en las vecindades de la confluencia del río de Las Juntas.

Mirando al frente, a la derecha, a la izquierda y al precipicio que se abre ante nuestros pies, bien comprendemos la causa topográfica de la muerte brusca del camino. Aquí los elementos naturales se han dado la palabra para producir este ambiente fragosísimo con el cual el hombre tuvo que habérselas para desarrollar ciertas manifestaciones de su actividad.

DIFERENCIA DE PRECIPITACIONES

Además de aspectos topográficos definidos, otros factores diversifican este lugar y la parte baja del gran valle de Catamarca. Se trata de manifestaciones climáticas. Dejando aparte el problema de la temperatura, indudablemente la humedad ha de presentarse desigual cuantitativamente, gracias a la altura tan acentuada y a la exposición favorable de esta ladera del Ambato. El fondo del Valle es más seco. Aunque el pie oriental del majestuoso cerro se halle un tanto favorecido en comparación con lo que sucede en otros parajes, estamos siempre en presencia de la miseria de unos 300 mm. o poco más a que se reducen las precipitaciones pluviales durante el año en la ciudad de Catamarca y localidades de exposición semejante.

La montaña con su altura determina una condensación de vapor de agua digna de nota y que resulta seguramente superior a los parajes situados en niveles bajos. Además, esta pendiente del Ambato se halla expuesta de manera ventajosa a las corrientes atmosféricas relativamente húmedas que en verano proceden del Este y causan las definidas precipitaciones periódicas. El fenómeno diferencial se documenta con el simple examen visual, aunque no se logre captar la apreciación cuantitativa exacta. Colocado en el fondo del Valle, el observador comprueba que, a diario durante el verano, las nubes ocultan al cerro, especialmente en las horas de la tarde. Ello es señal indudable

de que allá arriba las precipitaciones han de ser más frecuentes y más abundantes; cuando menos el aire será de mayor humedad.

A esta consideración se agrega el aporte del conocimiento directo. En El Rodeo, en Las Juntas y en otros lugares análogos, se observa una relativa abundancia de agua llevada por los torrentes, y la vegetación natural ofrece un verdor que no es usual en la zona baja del Valle. Por otra parte, se patentiza una manifestación algo frecuente y significativa: la existencia de cultivos a temporal, es decir, realizados sin necesidad de recurrir al riego artificial, cosa que resulta bien problemática en las vecindades de la ciudad de Catamarca. En la sudiecha zona alta, actualmente se practican los cultivos empleando ambos sistemas. Esto no obstante, el área destinada a la agricultura es de reducido porcentaje frente a la extensión total disponible, aunque la topografía excesivamente accidentada y la constitución del terreno sean grandes factores adversos.

AMBIENTE PROPICIO PARA LOS ANDENES

Este es el ambiente en el cual se encuentran los restos de andenes que cité. Digo que se trata de restos, por cuanto no observé una práctica agrícola semejante entre los agricultores de ahora. Es de suponer que los factores naturales de la región, capaces de regir las formas agrícolas, no han experimentado variación sensible en el transcurso de siglos, de manera que el uso o desuso de los bancales debe atribuirse a cambios humanos. Efectivamente la conquista blanca determinó una transformación apreciable. Entre otras cosas, a pesar de haber traído nuevas plantas de cultivo que se suman a las autóctonas, el área agrícola en la zona de Las Juntas se redujo o por lo menos desapareció de una serie de pequeños lugares. Es tal la pendiente de los cerros y la constitución del terreno, que apenas se procediera a una ampliación del área cultivada se haría probable el uso de los andenes, y esta práctica llegaría a exigirse en caso de extenderse mucho más el área antedicha, particularmente si volvieran a incorporarse a la agricultura tantas rugosidades de la montaña, como se hacía en tiempos prehispánicos. Lo que en otro medio la naturaleza aconseja, favorece o encauza, aquí lo impone.

El esfuerzo para obtener algún provecho es mucho. El fruto es reducido. Pero, mejor es atenerse a un resultado modesto que el conseguir nada.

CUENCA DE LAS TRANCAS

Desde las inmediaciones del lugar donde termina la carretera, mirando hacia aguas arriba, se consigue observar la topografía accidentada de la cuenca del curso de Las Trancas o de La Soledad y en el fondo del cuadro se levantan las altísimas crestas del Manchao. Las laderas, generalmente empinadas, están cubiertas por tierra mezclada en proporción muy variable con piedras, pero este manto no es completo pues en algunos sitios deja aflorar materiales antiguos, que aquí y allá forman pendientes abruptas y peñones. La cuenca es todo un juego infinito de hondonadas. Las laderas ofrecen el cincelado de simples surcos, de rugosidades insignificantes, de torrenteras más o menos dibujadas, señales de que la erosión arañó la montaña, ora con suavidad ora con furia, desde lo alto hasta el fondo de la quebrada.

La observación descubre fácilmente que numerosas de estas entidades son partes de una entidad mayor, que cobra forma general de cuenca. Cuanto más se excava cada surco de erosión, en su trabajo de ahondamiento y de ensanche, más se define la hondonada de la cuenca. La montaña enflaquece y se descarna; se pone en evidencia el costillar con desnudeces y heridas impresionantes. Contribuyen a esta demolición, a este ataque despiadado, la gran pendiente y la acción del agua en movimiento rápido. Resulta que los materiales detríticos no logran detenerse, no consiguen formar una cubierta apreciable, particularmente los cuerpos de diámetro más pequeño que son los más propicios para la vida vegetal. Los materiales, que en otras circunstancias pudieron detenerse, no tardan en ser arrancados y a su vez van a parar al bajo, a las fauces voraces del torrente bravío en sus crecidas, que las somete a nuevos tormentos infernales, obligándolos a un largo viaje riquísimo en peripecias. Se atenta a la formación o a la conservación del suelo con la insidia de la pendiente abrupta que desmorona el detrito al debilitarle la base, se le atenta con la caricia sola-

pada del hilo de agua, con el empuje arrollador, con el manotón, con el cruel golpe de uña del torrente desenfrenado.

Dentro de la multitud extraordinaria de hondonadas parciales diminutas, la vista alcanza a captar la existencia de una que otra mayor, que a su turno se divide en una serie de otras pequeñas. Llama la atención la quebrada del río del Biscotal que, a poca distancia del observador, echa sus aguas en el río de Las Trancas o de La Soledad, por su margen izquierda. La denominación de río, para el curso del Biscotal y aun para el susodicho de Las Trancas —pese al uso popular en el paraje—, no es acertada. Corresponde emplear el nombre de torrente. En efecto, no obstante el hecho de que a principios de mayo, es decir, en pleno otoño, todavía no sean enteramente lechos secos, las características se inclinan más a favor del torrente que del río. No puede ser de otro modo considerando la pendiente acentuada del lecho que presenta numerosas peñas que, por su volumen, forma y disposición, atestiguan la furia temporaria del torrente, en el fondo de estos valles encajonados que merecen la designación de quebradas.

En la confluencia de la quebrada del Biscotal con la de Las Trancas se levanta el cerro Ipalampa de pendiente abrupta, esculpida por una serie de los mencionados surcos de erosión o vallecitos apenas esbozados. El dorso de este cerro es pedregoso y con frecuencia deja aflorar material antiguo. Los detritos diminutos, muy desmenuzados, la tierra, escasean y se nota mayor cantidad en las hondonadas. Semejante material —pese a la gran pendiente— logra aferrarse al lugar fragoso gracias a la acción protectora de la vegetación herbácea, a la paja que tanto se usa para techar en toda la región. La cubierta vegetal no es abundante ni continua, pues el tejido es bien ralo y están muy lejos de llenar los claros los ejemplares de arbustos y de matas que se ven aquí y allá y constituyen los combatientes más elevados de una flora trabada en lucha con las hierbas ya predominantes en la zona.

A un nivel poco más alto que el del lecho peñoso de la confluencia, al pie del cerro Ipalampa, se halla una vivienda que es la única de este paraje. Aprovecha una especie de pequeña terraza; allí, junto a la construcción, hay algunas plantas cultivadas. Más arriba, con solución de continuidad y en un punto donde reina la piedra, se

observan otras construcciones: son las pircas que forman los corrales. Este hecho se parece a una floración natural, tan estrecho es el vínculo entre lo artificial y las condiciones del medio. A esto se reduce la materialidad de la instalación humana moderna.

ANDENES EN LA CUENCA DE LAS TRANCAS

No es necesario trasladarse a otro punto para observar muestras de actividad humana que respondan a formas diversas y que precisamente suministran el tema de la presente comunicación. El cerro Ipa-lampa tiene el mayor número, la mayor frecuencia y la mejor definición de andenes. Comienzan éstos con una serie pequeña pero patente, inmediata a las pircas de los corrales y que va ascendiendo la cuesta empinada de la montaña. Este es el comienzo, por cuanto esa ladera abrupta, que corresponde a la margen derecha del torrente del Bis-cotal, se ve poblada por series de andenes, en número casi igual al de los esbozos de vallecitos o surcos de erosión antedichos. Precisamente se trata casi siempre de restos de pequeñas pircas y diminutos rellanos que, desde el fondo de la quebrada, ascienden atrevidamente por esos surcos hasta la cumbre del cerro o sus inmediaciones. A pesar de que su conservación sea muy mala —hasta el punto de que a veces la forma resulta bien borrosa— en general no se escapa al examen aun rápido la conclusión de que estamos en presencia de construcciones agrícolas. La ubicación preferente en las pequeñas hondonadas confirma la finalidad que se tuvo al realizarlas: freno a la erosión y aprovechamiento agrícola de los escalones donde el material detrítico era más abundante y más adecuado en calidad.

Mirando desde la ladera opuesta, se observa una serie de franjas de pequeños andenes, sensiblemente paralelos, en correspondencia con la disposición y la amplitud de los vallecitos esbozados. El número de las series, lo mismo que la amplitud, la forma y la disposición acusan una relación estrecha con la pendiente de la montaña, con el esculpido general y particular de la ladera, y con la clase del terreno. Cuando la pendiente es muy empinada, cuando aflora el material cristalino, los andenes tienen solución de continuidad. Cuando el surco se ahonda, las construcciones se estrechan y la franja se irregulariza,

ondea en los casos en que el eje del vallecito no sigue la línea recta. Donde la pequeña cuenca se ensancha, las pircas cobran mayor longitud; donde se esboza una diminuta cuenca de recepción con varios surcos en disposición digital, allí asoma en las series de andenes una especie de abanico. Es natural que a la adaptación de las series se haya hecho corresponder una acentuada adaptación de los andenes en particular, en cuanto al número de ellos y a características de pircas y de rellanos.

Los andenes observados en el cerro Ipalampa (ladera que corresponde a la quebrada del Biscotal) no son los únicos de esta zona. Restos generalmente borrosos observé aguas abajo, en varios puntos de la abrupta ladera derecha de la quebrada de Las Trancas o de La Soledad. Disponiendo de más tiempo, se podrán observar aspectos particulares y el estudio alcanzará la debida precisión. Además, correspondería ampliar la investigación, pues al transponer espolones, al mirar más adentro por esas recónditas quebradas, al ascender por otros cerros, quizás se logren descubrir construcciones agrícolas más interesantes que las descriptas en esta comunicación.

Por otra parte, cabe dar la noticia de que un informante serrano, señalando aguas arriba, dijo que algo lejos hay numerosas ruinas de viviendas de los antiguos. Es una lástima que la localización no haya podido alcanzar suficiente precisión, pues desgraciadamente el serrano pudo referirse a las ruinas más o menos conocidas por los arqueólogos y que se hallan en la franja de conoides al pie occidental del cordón del Ambato, en el bolsón de Pipanaco.

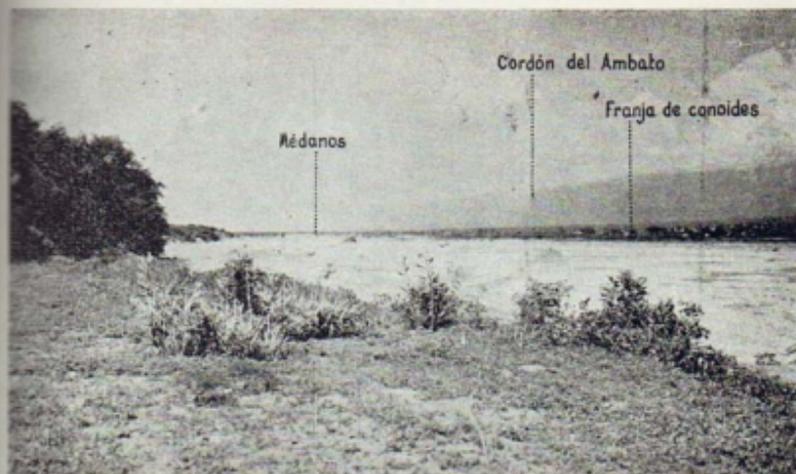
CONVENIENCIA DE COMPLETAR EL ESTUDIO DE LAS RUINAS EN EL AMBATO. FRONTERA SUDORIENTAL DE LOS ANDENES

En concomitancia con el interés arqueológico, un examen suficientemente minucioso de las ruinas indígenas de viviendas y de andenes en la zona de Las Juntas —y, si posible fuera, con mayor amplitud— suscitaría un fuerte interés de geografía humana retrospectiva, por cuanto se lograría reunir una serie de noticias documentales acerca

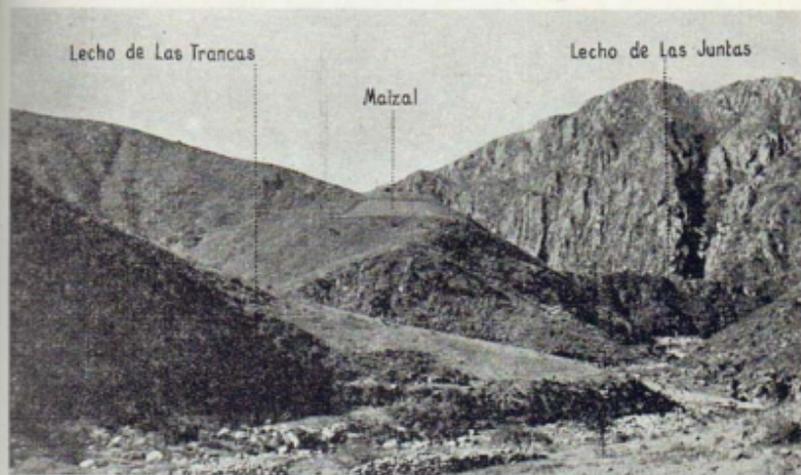
de la intensidad, forma y localización de la vida indígena. Los restos hablarían claro respecto de la instalación humana y del género de vida de esos antiguos habitantes, con la seguridad de conseguir una noción aproximada en cuanto a la densidad de población. Asimismo, por encima de estos problemas, se plantea la certeza de alcanzar el conocimiento del límite altimétrico que en tiempos remotos tenía la población sedentaria en esta zona del cordón montañoso del Ambato.

Los andenes de que doy noticia en esta comunicación responden a un estudio reducido en el espacio y en la intensificación. Sin embargo, la observación fué suficiente para caracterizar los restos como construcciones agrícolas indígenas. Digo indígenas, por cuanto se trata exclusivamente de la actividad de los antiguos; esto lo afirman los lugareños y se refuerza con la observación: ninguno de estos andenes se usa actualmente, ni siquiera en las inmediaciones de la vivienda en la confluencia.

A pesar de la poca amplitud del fenómeno estudiado, que salta a la vista apenas se citan las localidades jujeñas de Coctaca y del Alfareito, considero que con esta comunicación se aporta un grano de arena a la dilucidación de su existencia en la pendiente oriental del Ambato. El hecho cobra mayor interés si se considera que, con esta modesta contribución al conocimiento del área de dispersión de semejante práctica agrícola en el Noroeste argentino, nos acercamos a la frontera sudoriental de esta importantísima manifestación de geografía humana.



1. — Visión del fondo llano del Valle, mirando hacia aguas abajo; amplísimo lecho arenoso y seco del río; a la derecha, franja de conoides (con parte de la ciudad de Catamarca) al pie de la cadena del Ambato (1943-I-30).



2. — Topografía fragosa en la confluencia del curso de Las Trancas con el de Las Juntas, mirando hacia aguas abajo; lecho pedregoso; en lo alto, maíz cultivado a temporal (1941-V-3).



1. — Quebrada del Biscotal, dando espaldas a la confluencia. Es una forma típica de excavación debida al torrente cuyo lecho atestado de peñas documenta la furia de las crecientes. En las rugosidades de la ladera empinada hay múltiples muestras de andenes (1941-V-3).



2. — Vista de una parte del cerro Ipalampa, sobre la confluencia del Biscotal con el torrente de La Soledad. Topografía muy accidentada y predominio del material antiguo. Más arriba de los corrales hay una serie de andenes (1941-V-3).



1. — Muestra de cómo se presentan las series de pequeños andenes en las rugosidades de la abrupta ladera derecha, en la quebrada del Biscotal. Algunos ejemplares de vegetación arborecente (1941-V-3).



2. — Abrupta ladera de la margen derecha del curso de Las Trancas: lugar inmediato al término de la carretera. Vista frontal de los restos de varias pircas que corresponden a los antiguos andenes (1941-V-3).